

## CAPÍTULO II.

## CAPÍTULO II.

El día de la cita fuéronse ambos á dos, como siempre, y llegaron á la oculta caverna, en la seguridad completa de volver á su debida hora. Muy disimulada entre los riscos la boca de aquel extraño lugar; muy lata su capacidad, indudablemente abierta por obra y gracia del fuego creador; muy ornadas sus paredes por la calcárea gota llovida y destilada en siglos de siglos desde las bóvedas componiendo largos intercolumnios, arborizaciones gigantescas, rombos múltiples, que tomaban extraños aspectos al centelleo y humareda de las antorchas encendidas por los conjurados, y reflejadas, como en claros cristales, en los transparentes laguillos de agua fresca y virgen, parecía creada por la naturaleza como propio teatro de tal escena. Al entrar los dos jóvenes, cabezas de aquel motín, un hurra exténtoreo resonó bajo las bóvedas ciclópeas; y todos se apresuraron á darles con efusión la mano



y á pedirles órdenes ó consejos. Illán, reservadísimo de suyo, callaba siempre; y se remitía con empeño á cuanto dijese y mandase Gezar. Aunque los conjurados sabían su origen cristiano, al verlo tan de buenas con su compañero árabe, tomábanlo por verdadero renegado; cosa no desmentida ni afirmada por el español, quien ninguna necesidad tenía ni de afirmarla ni de desmentirla, dada la profundidad insondable de su porfiado silencio. En cambio Gezar, que imputaba una considerable parte de su influjo sobre los varios jefes granadinos, tanto al valor como á la elocuencia, dijoles, así que los vió reunidos y fieles á su cita, las siguientes palabras, muy propias para enardecerlos en sus ideas, confirmarlos en sus propósitos y persuadirlos á una inmediata y temeraria obra de sublevación, ya en su mente muy madurada y muy resuelta en su ánimo tras larguísimas reflexiones.

— «Que Alah prospere vuestros dias, nietos de la oriental Damasco é hijos de la sin par Granada. Y vosotros, yemenistas de Orce, Guadix y Almería, que la feliz Arabia, de donde provinieron vuestros padres, preste felicidad á vuestras acciones como á vuestros nombres. Y vosotros, los nacidos más cerca de los edenes granadinos como yo, vosotros, los zenetes, los benimerines, los gomeles, que Dios sea en vuestra guarda é interceda constantemente por el bien de todos vosotros la intercesión siempre oída por Dios de nuestro santo Profeta. Ya veis como las huríes del Paraíso han dotado

con presentes celestiales á Medina-Granada, y el Solair de la nieve le manda frescas auras y sabrosas aguas, que refrigeran el caldeado cielo y fecundan la encendida tierra. Ya veis como la vega, ese chaldel Oriente, mejor que los chales persas, caído sobre la tierra, del cuello de alguna peri, brilla con brillo extraordinario y toma colores que harían palidecer al Arco Iris. Ya veis esa Medina Alhambra, y sus torres, parecidas á palmerales, y sus estancias que ponen del Edén olvido en cuantos las habitan. Ya veis los jardines del Generalife, los cármenes del Darro, la Fuente de las lágrimas, y el monte de Alfajar aromados todos por bien olientes esencias y reverdecidos siempre al beso de sonoros manantiales. Acordáos cómo la celebraron sus poetas y le dijeron que no tenía ni rival ni compañera en Egipto, en Syria, en el Irac mismo, pareciéndose á la mujer amada que por primera vez entra en la vivienda y se dirige al tálamo de su esposo enamorado. Cuantos ven á sus hijos, no saben qué apreciar más en ellos, si la prestancia ó el valor, semejantes á las palmas, en las cuales no sabéis qué admirar más, si los troncos en forma de columnas, ó las hojas que vibran, ó los frutos que regalan y endulzan nuestras bocas. Vosotros, no tenéis mácula ni heregía. En el pelear sois incansables; en el obedecer sois dóciles y pacientes. Ningún peregrino se acercará jamás á vuestros hogares sin que lo troquéis seguidamente con amor en vuestro huésped. Habláis con pureza la sonora lengua de



nuestros padres; y sabéis tañer cómo nadie las guzlas que han poblado de notas épicas los desiertos. Cuantos aciertan á veros vestidos de alquiceles persianos, sedosas almalafas, de mactás africanas, y de blancos almaizales, dicen que os parecéis al huerto lleno de almendros floridos y de amapolas encarnadas en la fecunda primavera. Quien os ve salir á la guerra tras vuestras gloriosas rayas, con las breves corazas al pecho, los aéreos cascos á la frente, los escudos de cuero y las agudas y delgadas lanzas, cree que Azrael os ha prestado sus armas á fin de que sembréis entre los perros cristianos la desolación y la muerte. Y si combatís en las peleas como héroes, gozáis en las fiestas como cumple á quienes han observado todos sus naturales deberes. No hay hogares como los vuestros, ni bebidas como las que refrigeran vuestra sangre. Los labios de las mujeres que amáis, huelen como pebeteros. Sus ojos brillan como las estrellas en los cielos de Siria y Egipto. Sus dientes blanquean en las rosadas bocas cual blanquean las nieves vírgenes en las encendidas Alpujarras. Nadie os gana en Almunias, en torres, en canales, en arboledas que juntan los arrullos de sus tórtolas y los arpegios de sus ruiseñores, con los cánticos de sus mucines. Yo la llamaría ombligo de la tierra, esmeralda caída de celestiales coronas, compendio del Edén recién criado, estrella matutina, diadema de la luna llena, constelación de las noches arábicas, ara de salud, hurí del Islam, vaso de almizcle

destapado, mirada de virgen amorosa, oasis en el desierto, consuelo de todas las aflicciones, envidia de los ángeles mismos y esfuerzo último de la divina creación. Pues bien, héroes sin tacha y sin miedo; un tirano ha cogido á nuestra sultana, á la sin par Granada, y ha osado con atrevimiento indeleble, no solo herirla, sino también ¡oh mengua! deshonorarla. Cuantos la ven á una tan hermosa, y por tales tiranías envilecida, preguntanse confusos y desorientados, si es la reina de las ciudades ó la meretriz del triste y degenerado nazarita que ha perdido por su culpa nuestra formidable Alhama y que se ha encerrado como en los senos de un misterio en los retiros de la Alhambra, maquinando desde allí nuestra muerte. Precisa pues, que juréis por Alah, con juramento al cual no podéis faltar sin por toda una eternidad condenaros, que juréis asistir con armas al sitio donde os cite yo, para ir y acometer las torres donde habitaba y colgarlo si es preciso de sus almenas, para escarmiento de futuros tiranos que intenten como él, oprimirnos y deshonorarnos en su soberbia.»

No hay para qué decir cómo todos aquellos jeques de las tribus granadinas jurarian á una tras este oriental discurso. La consideración que había detenido á Gezar para no acometer inmediatamente la sublevación, era el recuerdo religioso de la palabra empeñada con su fiel guardián, á quien caracteres enteros como el suyo, y voluntades como la suya, firmes y rectas, no podían de modo alguno



faltar. Retiráronse al caer la tarde los dos jóvenes y se prometieron mutuamente que no pasarían sesenta horas sin acometer el ya reflexivo y madurado proyecto que debía dar en tierra con el poder de Hacem reemplazándolo por poder más activo. Naturalmente, Illán, por su lado, veía en todas estas maniobras tres grandes ventajas para sí; la rota y ruina del hombre que había tomado el castillo de Martos; la fortuna del amigo con quien había contraído un parentesco del alma; y la probabilidad, más ó menos cierta, pero probabilidad al cabo, de ver á Isabel ó averiguar su paradero. Así, en la natural impaciencia exacerbada por el silencio de la voz y de la guzla, que tanto, en otros tiempos más felices, endulzaban las noches de su cautividad, Illán impelia con fuerte impulso á Gezar para que se adelantase la ideada conjuración todo lo posible y fuesen los conjurados al palacio regio donde había de hallar ó la presencia misma ó las noticias ciertas y seguras de su amada. Llegó el suspirado día, y por escrúpulos justísimos de honradez, estuvieron muy abocados á malograrlo y perderlo. En el momento de pedirles su guarda la palabra honrada de volver, notificáronle cómo habían decidido alzarse aquella noche misma en armas y acometer el palacio de Hacem para castigar y deponer á éste dando mejor gobierno á Granada. En los primeros momentos parecía todo perdido por la excesiva delicadeza de los dos conjurados. El esbirro, fuera de sí, creyó que debía correr al palacio

y difundir allí la nueva. Pero los dos jóvenes, con el ascendiente congénito á sus personas y con el poder misterioso de su elocuencia, rindieron pronto el ánimo vulgar de aquel hombre, que á mayor abundamiento creía por las misteriosas noticias difundidas en tal sazón como Hacem era quizá fugitivo, quizá muerto, de todas suertes inútil y baladí en Granada, á quien podía llamársele ya moralmente destronado. Así no le costó mucho esfuerzo, en la ceguera de conciencia contraída por el hábito de servir y obedecer á ciegas, irse con los dos jóvenes y tomar las armas contra los mismos á quienes antes idolatrara como dioses. Vencido este obstáculo, ya no quedaban para las conspiraciones y los conspiradores otra salida que la de acometer y consumir sus aventuras. El caudillo berberisco, probado por tantos sufrimientos y recluso en las mazmorras por su proceder, á consecuencia del desastre de Alhama, presentábase á los ojos de los suyos con la doble aureola de un probado heroísmo y de un santo martirio. Si los tiempos aquellos no fueran ya en la tierra granadina tiempos de raciocinio y de cálculo; si la religión musulmana enseñoreara las voluntades y las conciencias como en otros siglos de mayor fe religiosa y de mayor estro poético; si su palabra le hubiera granjeado á Gezar el título de Profeta, y sus partidarios hubieran sido, como en otras ocasiones de aquella historia, no sólo soldados, procurando tras sus enseñas la victoria, sino creyentes, procurando con sus doctrinas la bienaventuranza.



Reunidos los confabulados en gran número y con amenazador talante dirigiéronse resueltos y juramentados al palacio de Hacem.

Hallábase departiendo éste con Venegas, muy ajeno á todo cuanto sucedía, sin adivinarlo ni presentirlo y mucho menos precaverlo, en el abandono completo de su reino, á que había llegado por la triste absorción de todas sus facultades en los pensamientos y en los afectos propios de su exaltado amor. La conversación del Sultán granadino y del renegado favorito, rodaba sobre las tristezas de aquel por los desengaños que le trajera el despego y desafecto de Zoraya.

—¡Oh! Nunca lo hubiera creído.

—Impaciente Hacem eres.

—Lo declaro, lo confieso; impacientísimo.

—Tú, acostumbrado á los asedios de fortalezas más resistentes ¿cómo no comprendes los naturales desvíos calculados quizá para cautivarte mejor?

—No lo creas; opone una resistencia fundada en su fe religiosa y por lo mismo invencible por un hombre como yo, jefe nato de los creyentes musulmanes.

—Yo he visto corazones más apegados á la fe, conciencias más escrupulosas rendirse á caricias y halagos mucho menores que los tuyos y de mucho menos atractivo.

—No puedes imaginarte, Venegas, como hablaba, con qué furia, impropia de su sexo, al recordar

la terrible tragedia de nuestro asalto al castillo de sus padres.

—Francamente aquel suceso no era para menos.

—Por fortuna mía, no me conoció, y yo estoy resuelto á ocultarle hasta después de rendirla y lograrla mi nombre y mi calidad.

—Harás bien; por más que una corona tiene mucho, y deslumbre mucho, y pueda mucho.

—Si le digo quien soy, de seguro me despedaza. En el estruendo tan horrible de aquel suceso tan trágico, Zoraya no me vió como yo no la ví á ella; y ahora me alegro, pues al verla quizá hubiera en mi empresa retrocedido y echádome á sus piés como un perro.

—Ahora conviene llevar hasta su término esta industria y no decirle quién eres.

—Pero ¿cuánto durará esta situación terrible? Ardo en deseos y me consumo sin lograr otra cosa más que la exacerbación de todos mis sentimientos, los cuales me hieren, maltratan, y atormentan, rebajándome á mis propios ojos y haciéndome hasta en mi propia estimación y conciencia indigno de la corona que llevo.

—Hacem, yo quisiera dirigirte una observación.

—Dirígeme cuantas quieras. Ya sabes que no hay posibilidad alguna de molestarme ahora después de la terrible molestia que me causa el despego y desvío de Zoraya.

—Pues como tú habías hablado francamente de



la corona, yo de la corona quería también francamente hablar con tu permiso.

—¿Qué quieres decirme?

—Quiero decirte cómo no cumple á tu alto ministerio y á tu altísima dignidad este aislamiento en que te hallas recluso ahora.

—Pues no pienso alterarlo, mientras no logre la ventura que busco y no posea el bien que apetezco.

—Piensa ¡oh Hacem! piensa en la situación de Granada.

—Yo sólo pienso en mi propia situación.

—Tu mujer.....

—La enterraré viva si es preciso.

—Ya sabes cómo las gasta en su ambición Aixá.

—Nada me importa, después de lo que ahora me sucede.

—Tus mismos hijos, á quienes amas tanto, Hacem, desconocen sus naturales deberes y conspiran contra ti.

—Yo los descabezaré con la indiferencia con que descabezo en mi jardín una planta cualquiera.

—Tus walíes, en su mayor parte, no son de fiar.

—Célalos y dame noticia de aquellos que me faltan.

—Pueden á lo mejor sublevarse.

—Ya los domeñaré con facilidad en una sola correría, cual he domeñado á tantos otros enemigos más terribles y más feroces.

—Los cristianos, por su parte, amenazan también.

—¡Oh! ¡Los cristianos! Todo el mal que hagan á mi reino con sus armas no puede compararse con el que han hecho á mi alma los ojos de su ingrata rica-hembra.

—Hacem, no puede continuar este aislamiento.

—Venegas, no puedo salir de aquí sino vencedor ó vencido de Zoraya.

—Revista un pelotón de tropas; acude al más sacro templo de tu fe; recorre cualquier espacio de tu ciudad.

—No puedo; no tengo fuerzas que me ayuden para tanto. Aquí estoy aguardando la vida ó la muerte de manos de esa ingrata.

—¿Pero durará mucho tiempo esta situación?

—Todo el tiempo que dure su desvío.

—Hacem, las murmuraciones...

—Murmuren cuanto quieran.

—Pero ya sabes el temperamento levantisco de tu gente granadina.

—Harto lo conozco.

—Pues si lo conoces, evita con molestia tan ligera que se condense una tempestad.

—¡Bah!—Respondió Hacem con verdadera indiferencia.

—Tus enemigos propalan la especie, ya de que te has fugado, ya de que te has muerto.

—Y en fuga y en muerte casi estoy; porque huyo de mí mismo al verme tan lacerado como la cautiva me tiene, y de pena me acabo, de pena espiro.

—Cobra un poco de resolución.



— Yo sólo me resuelvo á querer á la fementida que no me quiere á mí.

— Piensa en tu corona.

— Yo no quiero más corona que su amor.

— Acuérdate de tu reino.

— Mi reino, á la verdad, no está en Granada.

— ¿Dónde, pues, sino en Granada?

— Mi reino. En su corazón. Y su corazón, ¡bien lejos de mí!

— Cree y espera.

— Sólo creo en mi desgracia y sólo espero la muerte.

— Vuelve, Hacem, pronto en ti; vuelve pronto, pues nada más fácil que confiar y esperar en los cambios y en los metamorfoseos de un corazón de mujer que mengua y crece como crece y mengua la luna.

— Luna bien adversa y bien triste aquella en que topé con una mujer, la cual ha sabido exasperar todos mis sentimientos y no satisfacer ninguno.

— Piensa que si acaba tu reino todo acaba para ti mismo.

— ¿Y qué?

— No seas indiferente: que no está permitida la indiferencia en los altos tronos donde tú habitas, ni en el cúmulo de múltiples deberes que sobre ti pesan.

— Todo me sobra cuando Zoraya me falta.

— El día en que perdieras el reino, perderías con él toda esperanza de lograrla.

— Ya la tengo casi perdida, porque una resistencia sustentada en el sentimiento religioso es una resistencia invencible.

— Acuérdate...

— Si no me acuerdo, Venegas, de mis walies, de mis mujeres, de mis hijos, de mi reino, de mi raza, de mi religión, de mi Dios, ¿cómo quieres que me acuerde, cómo, de ninguna otra cosa?

— Nosotros los renegados, nosotros seremos los primeros maldecidos; nosotros los primeros puestos en el tormento; nosotros los primeros exterminados; nosotros que dejamos una patria y una religión, las cuales nos defendían y nos amaban por otra religión y otra patria incapaces de amarnos y defendernos.

Cuando en esto se hallaban el Sultán y su favorito, entra despavorido un eunuco, diciendo cómo á las puertas del alcázar llama una muchedumbre innumerable, toda en armas, que profiere clamores de muerte y pide la inmediata deposición de Hacem. Al oír esto el rey, despertóse con toda viveza en su pecho el instinto militar, y dijo, volviéndose á Venegas.

— Ahora verás si tiene ó no tiene rey nuestra Granada. Vamos á defendernos: que me basta para hundirlos de un golpe y exterminarlos á mis plantas, la fuerza de mi brazo y la protección de mi Dios.